

Amanón,
el espíritu de la selva

Estos son dos capítulos de la novela,
como vista previa de evaluación
para los lectores.

Amanón,
el espíritu de la selva

Tomo I
El despertar de los siglos

Cuarta parte de la tetralogía
Almas gemelas

J. Alfredo Díaz García.

©Copyright 2015 Jesús Alfredo Díaz García

©Amanón, el espíritu de la selva.

©Tetralogía Almas Gemelas.

Cuarta parte, que se compone de dos tomos.

Tomo I. El despertar de los siglos

All rights reserved.

ISBN-13: 978-1515382478

CreateSpace ID: 5661545

Diseño de portada: J. Alfredo Díaz G.

Realización artística: Gustavo Adolfo Díaz G.

www.gustavodiaz.es

Colección El Guardafaro.

J.Alfredo.Diaz.Garcia@gmail.com

www.alfredodiazgarcia.com

Printed by CreateSpace Independent Publishing Platform, USA.

www.createspace.com/5661545

Obras anteriores de la tetralogía:

1ª *Faysal Al Akram, El jeque*. ISBN: 978-1500619787

2ª *Amina y Záhir, dos almas gemelas* (4 tomos).

Tomo I: ISBN 978-1482638417

Tomo II: ISBN 978-1484128923

Tomo III: ISBN 978-1490310114

Tomo IV: ISBN 978-1490987569

3ª *La comunión de los ángeles*. ISBN: 978-1478250432

Los hechos narrados en esta obra son totalmente irreales, fruto de la imaginación del autor. Cualquier similitud o coincidencia con personas de igual nombre y con posibles situaciones reales será simple coincidencia. Queda prohibida, salvo para citas y cualquier excepción prevista en la ley, toda forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra, sin contar con la autorización expresa del titular de la propiedad intelectual. La contravención de los derechos señalados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual.

jad_2.1-1710.

A ella.

*Porque siempre estará ahí,
presente en cada vida*

Índice

Nombres de los personajes de este tomo	11
CAPÍTULO 1	13
Una selva, cuatro yaguares y una niña	
Nueve años más tarde	
CAPÍTULO 2	37
Una viejísima abuela y su nieta	

Nombres de los personajes de este tomo

Amanón: Protagonista femenina principal.

Chirikö Kapüy: Amiga de Wadaura. (Sig. Estrella Luna).

Chirikö Pa'ka: Hija 3ª de Wiluma. (Sig. Estrella de la mañana)

Dariku: Hija 2ª de Wiluma. (Sig. Flor, adorno).

Roriwa Törön: Hijo menor de Wiluma. (Sig. Pájaro azul)

Urami: Hija mayor de Wiluma y mística señora de los sueños.

(Sig. Tanagra musica: Ruiseñor de 7 colores, curruñata montañero).

Wadaura: Hijo mayor de Wiluma. (Sig. Pájaro de moriche).

Waira Tekatunsen: Padre de Wiluma. (Sig. Danta corredora).

Warupe Inek: Madre de Wiluma (Sig. Noche fresca).

Wiluma Chaimari: Piasán pemón. (Sig. Wiluma: nombre de un pájaro mensajero).

CAPÍTULO 1

Una selva, cuatro yaguares y una niña

La mujer rondaba los cincuenta años y vestía nada más que un pequeño guayuco de color rojo. Su mano derecha agarraba la gran esmeralda bruta que llevaba al cuello, y su actitud denotaba la fuerte emoción que estaba sintiendo, que manifestó en sus palabras:

—Esta noche la madre selva nos envía a su espíritu hecho amor, hijos míos. Ya se acerca, viene hacia nosotros.

Un hombre con una pierna entablillada estaba echado en su chichorro. Los otros once ocupantes de la churuata, entre adultos y niños, se agrupaban alrededor de la hoguera en actitud expectante.

En el medio de un claro abierto en la vastedad de la selva, cerca de un arroyo caudaloso, se asentaban las seis viviendas de forma circular del pequeño poblado pemón, de la etnia arekuna. Tenían techos cónicos de aguda pendiente, que estaban cubiertos con hojas de palma de moriche.

Los pobladores, ya guarecidos, se preparaban para dormir, con toda placidez, metidos en sus colgantes chinchorros hechos también con cordones de moriche. En el centro de cada vivienda, la hoguera se mantenía con abundante rescoldo y suaves llamas. Ahuyentaba un poco la frialdad de la noche, y alumbraba el interior todo lo que ellos requerían. El bahareque con que estaban hechas las paredes desprendía el característico olor, entre acre y tierra polvorienta. Era lo primero que todo forastero

percibía, con cierto desagrado, cuando entraba en una churuta; pero que los pemón ni lo notaban.

Tan solo en aquella otra vivienda, de las seis, sus ocupantes esperaban la inminente llegada del espíritu de la selva, que sus vecinos desconocían. Sin embargo, no por esperado dejaba de causarles cierta inquietud y aprensión; excepto a la mujer de la esmeralda, que volvió a repetir:

—Ya se acerca, puedo sentirlo. El luminoso espíritu de la selva viene hacia nosotros. Está muy cerca.

Por encima del canto de las chicharras se escucho el fuerte rugido.

Toda la selva calló.

Se volvió a escuchar otra vez, poderoso. Se repitió de nuevo y otra vez más.

Para cualquier persona de la ciudad no era más que el rugido de un gran felino. En cambio, para los finos oídos de los indígenas pemón, nacidos y criados en la selva, fueron cuatro rugidos distintos. Provenían de cuatro yaguares machos que se encontraban bastante cerca. ¿Acaso andarían disputándose el territorio?

Los pemón quedaron pendientes.

Unos minutos después volvió a escucharse otro rugido, que fue respondido por tres más. Esta vez sonaban más cerca.

La mujer sonreía sujetando la esmeralda. Los otros ocupantes de la vivienda, al contrario que ella, mostraban signos de intranquilidad. Una joven, que aún no tenía veinte años, vestida también con su breve guayuco rojo al igual que las demás muchachas, le preguntó:

—¿Es ella, *amäy*?

—Es ella, Urami, es ella. Al fin la tenemos aquí.

En las demás viviendas, los hombres, ya intranquilos, se levantaron de sus chinchorros. Lanza en mano unos y con sus grandes arcos y largas flechas otros, fueron saliendo al centro

del poblado, que estaba a unos sesenta metros del negro borde formado por la enmarañada selva. Aguzaron la vista, pero poco era lo que se podía ver.

Era noche de luna llena, que había salido con un par de horas de retraso y se encontraba a un tercio de su recorrido ascendente. Asomada apenas por encima de las copas de los árboles, de la selva venezolana lindante con Brasil y la Guayana, todavía iluminaba poco dentro de los claros abiertos entre la espesura.

En algunas zonas, hacia los tepuyes y cerros, la neblina flotaba inmóvil sobre la selva cual una gruesa sábana de algodones, y lo enfriaba y mojaba todo. Creaba aquel peculiar olor a musgo, a moho, a fronda; a madera y hojas, a humus, a lombrices y tierra húmeda: a selva virgen.

De nuevo se escucho el rugido de un yaguar, luego un segundo. Poco después el tercero y el cuarto. Fueron más cerca que antes. Ya no cabía ninguna duda: eran cuatro machos y se estaban acercando.

Los hombres se consultaron, extrañados por aquel hecho. En muchos años no habían sabido de ningún yaguar en aquellos territorios, ahora escuchaban a cuatro. Pero ya no fue solo el sonido. Algo más atrajo la atención de ellos, para quienes la selva no tenía secretos, pero sí muchos misterios, espíritus y magia.

Por entre los apretados árboles se vislumbró una difusa luz blanca, similar a la que producía la luna que estaba más atrás. La observaron durante un buen rato hasta que estuvieron seguros. Los destellos de la luz, unas veces al quedar cubierta por los árboles y otras veces al pasar entre ellos, indicaban claramente que se movía y que venía acercándose en dirección hacia el poblado.

¿Quiénes podían estar tan locos como para caminar de noche en la selva? Tenían que ser hombres blancos, algunos tontos excursionista venidos de la ciudad y que estarían perdidos. Se-

rían de los tantos que les gustaba visitar aquellos lugares, subir al Roraima y los tepuyes y dárselas de exploradores. Porque tan solo a ellos se les podría ocurrir tal locura nocturna, y solo ellos usaban lámparas que pudieran dar una luz como aquella. Fueran quienes fueran, caminando de noche en la intrincada selva lo raro era que ya no estuvieran muertos.

El fuerte rugido de un yaguar macho adulto se volvió a escuchar seguido de otro; los dos por el centro. Un tercer rugido surgió un poco más a la izquierda. El cuarto respondió viniendo de la derecha. Parecían estarse comunicando entre ellos.

Definitivamente: cuatro yaguares machos se acercaban desde distintos puntos cercanos. En felinos solitarios, que no cazan ni trabajan en grupo, eso era más extraño todavía que su propia presencia. Pero aquellos cuatro estaban coordinando sus movimientos.

¿Estarían intentando cercar a los ilusos y desdichados caminantes nocturnos, que intentaban desesperados llegar hasta allí?

Pero en todo aquello había algo que intrigaba sobremanera a los pemón: ¿por qué aquellos yaguares, usualmente tan silenciosos como la muerte, rugían de aquella forma delatando sus posiciones?

No lo harían si estuvieran siguiendo a una presa.

Tampoco parecían las demostraciones vocales de varios machos disputándose territorio.

Era más bien como si quisieran anunciar sus llegadas, aunque aquello careciera de todo sentido.

El silencio en la selva era total.

Los sonidos nocturnos habían cesado por completo.

Incluso las chicharras habían callado.

Cuando el yaguar ruge, todos los demás callan.

Ningún animal quedaría en el camino que aquellos felinos seguían de manera tan anunciada, ninguno.

Los roedores se meterían en sus madrigueras más profundas.

Los monos buscarían protección en las ramas más altas.

¿Pero de dónde salían cuatro yaguares machos?

¿Qué los impulsaba a ir hacia allá?

Hacía tantísimos años que por aquellos lados no se sabía de un solo yaguar, que ya los creían extinguidos; ahora surgían cuatro.

Tan solo se los había visto muy lejos de allí, según contaban algunos, en la intrincada y casi impenetrable selva oscura y profunda de los alrededores de Wö Tüpü, la montaña en donde moraban los espíritus. Era un lugar sagrado adonde estaba prohibido acercarse. Allí vivían los *Pia*¹ que no habían querido irse al otro mundo, al verdadero, el original, y también los espíritus *mawar*².

También se decía que allí habitaba la diosa blanca, a quien muy pocos indígenas habían logrado vislumbrar, y eso de muy lejos. Se contaba que algún que otro indígena, que por alguna razón se había acercado mucho, se la había tropezado en la selva. Se aseguraba que iba desnuda y no tenía adornos corporales, y que estaba acompañada por una enorme pantera blanca, mayor que una gran danta. Había sido verlas y no verlas, ya que ambas desaparecían en lo que se tardaba en parpadear; lo mismo que tardaban en desaparecer corriendo los intrusos.

Sin embargo, los que no eran indígenas no corrían la misma suerte. En tres oportunidades, que se supiera, algunos grupos de hombres blancos y negros se habían acercado demasiado. Uno de ellos era de cazadores, que habían escuchado de la existencia de grandes yaguares y de anacondas gigantes. Los otros dos grupos eran garimpeiros que llevaban intenciones de alcanzar el Wö Tüpü, para ver si encontraban oro y piedras preciosas.

Cuando días más tarde los hallaron en la selva, muy lejos del Wö Tüpü, estaban desnudos y casi en los huesos. Presentaban ampollas causadas por quemaduras, habían envejecido

1 Antepasados místicos de los pemón, dotados de todas las cualidades buenas.

2 Espíritus de los piasanes difuntos.

varios años y tenían el pelo blanco. Algunos no recobraron la razón por completo, otros contaron lo sucedido y todos dijeron lo mismo: Se les había aparecido una mujer blanca y de largo cabello negro. Estaba completamente desnuda, iluminada por una luz que salía alrededor de ella. Flotaba como a un metro sobre el suelo, y estaba acompañada de una enorme pantera blanca cuyos ojos echaban fuego. La mujer les había hablado directamente a la mente y les dijo:

Manténganse alejados de mi montaña, el Wö Tüpü no es para los mortales. Ustedes vienen con la intención de escarbar en sus entrañas y cazar a mis animales, y eso yo no lo permitiré. Esta será tan solo una advertencia que hago, la próxima serán rodeados por fuego y arderán por toda la eternidad.

Todos contaron que sus ropas les ardieron encima y tuvieron visiones horribles y aterradoras. Las tiendas de campaña y todo lo que tenían quedó consumido por un fuego mágico, que no quemó árboles ni nada más. La enorme pantera blanca les había rugido de una manera que paralizaba los corazones, congelaba la sangre y hacía huir el alma; el cabello se les puso blanco. No recordaban nada más, hasta que fueron encontrados por una partida de cazadores pemón.

Por eso era que aquella situación con cuatro yaguares, que se estaba presentando esa noche en aquel poblado, estaba resultando totalmente anómala y muy extraña.

Aquel resplandor que lograba penetrar por entre los árboles, cuyas tupidas copas impedían el paso de la luz de la luna hasta el suelo, se estaba acercando cada vez más. En pocos momentos, quienes la llevaban deberían de llegar al borde de la selva y ser visibles para ellos. El nuevo rugido de los yaguares, que parecían ir convergiendo también, los intranquilizó más.

Unos pocos minutos más tarde, al límite de la negra frontera de árboles con el claro, brillaron ligeramente tres pares de puntos, separados ocho o diez metros los unos de los otros.

Era algo que tan solo los agudos ojos de los pemón podían captar con suficiente claridad.

Podrían haber pasado desapercibidos para cualquiera, menos para los pemón.

Cualquiera pudo haberlos confundido con luciérnagas, cualquiera, menos los pemón.

Ellos sabían perfectamente de qué se trataba: eran los ojos de tres felinos que observaban recelosos.

Tras del par que estaba en el centro fue emergiendo el blanquecino resplandor que venía alumbrando.

No fue un grupo de personas lo que salió.

La luz llegó al borde de la espesura.

No se detuvo y siguió avanzando por el claro hacia el poblado, cual si flotara sobre el suelo.

Fue mayúsculo el asombro de las temerosas mujeres desnudas, que miraban desde las puertas de las churuatas. Mucho más el de aquellos treinta y cinco o cuarenta hombres, cuya única vestimenta era también el tradicional guayuco de color rojo. Otros, los más jóvenes y algunos ancianos, no llevaban nada. Todos eran fieles creyentes de espíritus y personajes sobrenaturales y maravillosos que pueblan las selvas, ríos, tepuyes y sabanas.

Del mismo color de la luz de la luna, aquella esfera luminosa alcanzaba fácilmente los cuatro metros de diámetro e iluminaba otros tantos alrededor. En el centro de ella iba una niña.

—¡*Manón kapü!* ¡*Manón kapü*³! —gritaron agitados algunos hombres.

No era para menos el sobresalto que tenían.

Bien podría haberse dicho que aquella criatura era la misma luna, si no fuera porque el astro nocturno estaba visible en el cielo. Acaso ella fuera una hija de la luna o su propio espíritu enviado a la tierra.

3 Niña luna (en lengua pemón)

Si aquella sola visión no hubiera sido suficiente para asombrarlos y sobrecogerlos hasta la médula, como ya estaban, al lado de la niña venía un yaguar verdaderamente enorme, una pantera tan blanca como aquella luz. El albinismo, condición que se presentaba en muy contadas ocasiones en esa especie, lo hacía un felino extraordinariamente raro y difícil de encontrar, razón por la que se le atribuían cualidades misteriosas y mágicas. Algunos hombres dijeron, ahora más inquietos todavía:

—¡Es la pantera de la diosa blanca! ¡El espíritu *manón kapiüy* viene con la pantera mágica de la diosa blanca! ¿Por qué? ¿Qué es lo que hemos hecho?

Tres jóvenes, el mayor de los cuales no tenía todavía dieciocho años, retrocedieron aterrorizados y uno de ellos dijo:

—¡Vienen a castigarnos a nosotros! La diosa blanca ha enviado a su pantera mágica y a un poderoso espíritu de la selva para castigarnos.

—¿Por qué os querría castigar ella? —preguntó un anciano.

—Porque hace tres lunas estuvimos en el Wö Tüpü, cerca de la laguna donde nace el río. ¡Nos matarán y nos quitarán el alma! ¡Sálvanos, Wiluma, sálvanos! —Los tres salieron corriendo y se metieron en una de las churuatas, en donde seguían repitiendo—: ¡Sálvanos, Wiluma, no lo volveremos a hacer!

Los otros dos pares de luminosos ojos de los lados se movieron también, danzaron en el aire y se acercaron a la niña y la pantera blanca. Un par lo hizo por la izquierda, el otro par por la derecha. Con la luz que la niña emitía se vieron ahora dos grandes yaguares de color amarillento tostado, algo menores que la pantera blanca. Los tres felinos rugieron mientras caminaban hacia el poblado, a los lados de la niña.

Poco después, de la espesura tras de ellos surgió otro par de ojos flotantes. Gracias a la luz que la niña proyectaba brillaban mucho más, con un tono dorado. Se fueron acercando a ella por detrás.

Ante aquellos tres yaguares, grandes por demás, y la vista de aquel espíritu luminoso en forma de niña, que no sabían si era maligno, los pemón estaban muy asustados e intranquilos. Ellos desconocían cuáles serían las intenciones que traía el espíritu niña-luna, si venía a castigarlos por lo que los tres jóvenes dijeron haber hecho. Pero sabían muy bien que no era para andarse jugando con un jaguar, el espíritu sigiloso de la selva; mucho menos con tres tan grandes como aquellos. La presencia de una pantera blanca, que junto con la esquiva pantera negra eran los espíritus mágicos por excelencia, no era para estarse nada tranquilos.

Los pemón sabían que si arrojaban sus lanzas y flechas y fallaban, por causa de la oscuridad, quedarían indefensos contra la gran velocidad, fuerza y ferocidad de aquellos animales. De sobra conocían ellos que las poderosas mandíbulas de los yaguares podían perforar el duro caparazón de una gran tortuga. Con mayor motivo, sus largos colmillos taladraban el cráneo humano de una sola mordida, y llegaban al cerebro produciendo la muerte inmediata.

—¡Quietos! ¡No os mováis!

La fuerte y autoritaria voz de mujer sonó tras de ellos. Era la *piasán*⁴.

—Ayúdanos con tu magia, Wiluma —pidió un anciano.

—¡Bajad las lanzas y los arcos y no os mováis! —volvió a ordenar la mujer.

Los hombres, más intranquilos a cada momento, no hicieron caso debido a su nerviosismo y siguieron con las armas en ristre, sin apartar los ojos de aquellos cuatro seres.

La pantera blanca, que iba al lado izquierdo de la niña y era tan grande que la sobrepasaba en altura, al percibir la amenazadora intranquilidad en ellos rugió con todas sus fuerzas. Fue un sonido que congeló el alma y se extendió por kilómetros en el

4 Piache, brujo o curandero. Puede ser tanto hombre como mujer

silencio de la noche. Dos jóvenes, que apenas tendrían catorce años, se mearon; otro se cagó. Los hombres aprestaron sus lanzas y flechas, listos para arrojarlas.

La niña y los tres felinos se detuvieron a unos ocho o diez metros. Ahora todos pudieron verla mejor. Era una niña blanca, que parecía no tener más de tres años. Tenía el cabello blanquecino, estaba desnuda y descalza y no llevaba lámpara ni linterna alguna en las manos. ¡Ella misma era la luz! Brotaba de todo su cuerpo en una forma maravillosa, como si ella fuera una lámpara o la propia luna.

—*¡Manón kapüy!* ¡Es un poderoso espíritu *manón kapüy!*

Algunos hombres volvieron a decirlo de manera más nerviosa, y fue repetido por las asustadas mujeres dentro de las churuatas.

La pantera blanca rugió de forma más baja esta vez. Los dos yaguares amarillos respondieron en el mismo tono y, con lentitud recelosa, se abrieron un poco a cada lado.

Un trozo de la noche se movió por detrás de la niña. Los dos ojos dorados se acercaron más y su brillo fue en aumento. Dentro de la esfera de luz, por encima de la niña surgió la enorme cabeza y el animal rugió con todas sus fuerzas.

Ahora sí que aquellos hombres retrocedieron unos pasos, casi presas del terror. ¡Era una pantera negra descomunal! La mayor que ninguno hubiera visto o de la que hubiera sabido jamás. El gran macho había estado cubriendo las espaldas de la niña. Ahora se colocó a su lado derecho.

Varios jóvenes salieron corriendo y se metieron en sus churuatas. Los hombres, sumamente nerviosos, intercambiaron miradas con rapidez, manifestando la enorme incredulidad que aquello les producía. Si no fuera porque tenían que proteger a las mujeres y a los niños hubieran salido corriendo todos.

Aquel luminoso espíritu niña rodeado por dos enormes panteras: una blanca y otra negra, más los otros dos grandes ya-

guares moteados adelante, en la oscuridad de la noche era algo que resultaba sobrecogedor. Los apresurados y fuertes latidos de corazones lo indicaban muy bien.

Un aterrorizado joven se movió nervioso, en la primera fila, y meneó la lanza que tenía levantada. El yaguar moteado de la derecha rugió con fuerza y reaccionó. De un salto se colocó a un par de metros delante de las dos panteras y la niña, y se agachó dispuesto al ataque.

El yaguar de la izquierda, que era el más cercano al joven amenazador, se movió en una explosión de velocidad. En lo que aletea un colibrí, aquel felino lo habría destrozado sin que el joven hubiera podido hacer nada para evitarlo. Pero a unos cuatro metros el felino se detuvo en seco y rugió ferozmente, mostrando por completo sus largos colmillos y poderosos dientes, listo para el ataque inmediato.

El aterrorizado joven gritó, retrocedió un par de pasos apresurados, tropezó con otro y los dos cayeron al suelo sentados. Los demás hombres retrocedieron también y pusieron sus brazos izquierdos hacia adelante, dispuestos a arrojar las lanzas que sostenían en la derecha. Otros, con similar nerviosismo, tensaron las cuerdas de sus arcos. En la mente de todos ellos estaba la intención de disparar, como medida desesperada.

—¡¡No!! ¡¡Quietos!! ¡¡No le hagáis eso a mis gatitos!!

El infantil grito se escuchó perfectamente.

La niña estiró su brazo derecho hacia adelante, y de su mano surgió un fuerte destello de luz blanca. Fue de tal intensidad que los hombres se llevaron las manos a los ojos, deslumbrados por completo. Todos profirieron un grito de sorpresa y se los frotaron debido al fuerte resquemor. A la vez, sintieron que les arrebataban las lanzas y arcos de las manos. La esmeralda que la *piasán* llevaba al cuello, colgando de un cordón de cuero y que ella sujetaba con la mano, emitió un breve fulgor verde que iluminó su rostro. La mujer volvió a gritar, por detrás del grupo:

—¡¡Que os quedéis quietos todos!! ¡¡He dicho que no os mováis ninguno!!

La *piasán* pasó con rapidez al frente. Con los brazos en cruz se colocó entre su gente y el grupo formado por los felinos y la niña, a quienes dio la espalda.

Con los ojos enrojecidos, los hombres se recuperaron de la momentánea ceguera causada por el resplandor. Sus lanzas y flechas estaban en el suelo, astilladas y completamente inútiles, abiertas a lo largo en varias tiras como si hubieran sido de bambú. Todos habían quedado desarmados y a merced de aquellas fieras. La niña-luna se había apagado y estaban envueltos por la oscuridad. Uno dijo:

—*Manón kapüy* y los yaguares nos matarán.

—¡Ella no viene a castigar a nadie ni a hacernos daño o ya estaríamos muertos! —dijo la *piasán* enfadada—. ¡Los yaguares están protegiendo al espíritu niña-luna! ¿Acaso no os dais cuenta? ¡Ellos no vienen a atacarnos! Pero lo harán si creen que nosotros le queremos hacer algo a ella. ¿Acaso queréis morir? Estos no son yaguares corrientes. ¿No los visteis? ¡Son los yaguares sagrados de la diosa blanca del Wö Tüpü! ¡No os mováis o moriremos todos!

En la oscuridad de la noche, todavía mal iluminada por la luna, fuera de un manchón blanquecino en el suelo, que estaba por la parte de atrás del grupo pemón, entre ellos y las churruatas, no se lograba distinguir a la niña ni a las fieras. La *piasán*, ya segura de que su gente no haría nada, se volteó y dijo:

—Déjate ver, mi niña. Déjate ver, luminoso ser de amor. Yo te lo pido, no temas.

De nuevo la esfera de luz, ahora la mitad más pequeña que antes, surgió con la niña adentro.

La pantera negra estaba delante de ella, ocultándola por completo. Los otros tres yaguares habían desaparecido cubiertos por la oscuridad.

Todos los hombres se agruparon más, espaldas contra espaldas, mirando hacia los lados muertos de temor.

—¡Dije qué no os mováis! ¡Ni un solo movimiento! ¿Es que no lo entendéis? Los yaguares nos han rodeado. ¡Todos abajo! ¡Al suelo! Si *manón kapüy* se apaga de nuevo y ellos nos atacan nos matarán en unos momentos. ¡No los veremos siquiera!

Se escucharon los gruñidos graves de los felinos. Rodeándolos brillaron ligeramente tres pares de ojos. Los hombres obedecieron y se agacharon sentándose a su usanza.

La mujer se volteó hacia la niña, quien seguía con la pantera negra delante. La piasán se les acercó con una sonrisa, el paso tranquilo y la actitud serena. Se detuvo a unos pocos pasos, puso sus manos hacia adelante y dijo:

—Ven, niña mía, acércate a mí, que nadie te hará daño a ti ni a tus gatitos. Los hombres están asustados por causa de ellos, pero ya no se moverán y no tienen lanzas ni flechas. Yo sé que tú puedes sentir que es cierto lo que te estoy diciendo. Ya has llegado, no necesitas ir más lejos. Tú me venías buscando a mí y ya me has encontrado. Amoroso espíritu de luz, conviértete en carne y hueso y ven a mis brazos, niña mía.

La niña se acercó seguida por la pantera. Se detuvo a tres pasos de la piasán, que quedó inmersa en aquella luz que no solo iluminaba, sino que producía una calidez muy agradable que contrarrestaba el frío de la noche. La gruesa esmeralda en bruto emitió un fognazo verde y quedó brillando. La mujer ahora sonrió más y dijo:

—Sí, eres tú, ahora sí que no hay equivocación posible. Solo tu poderosa energía puede lograr hacer esto. Ven, niña mía, yo estaba esperando por ti.

La luz que rodeaba a la niña se redujo y concentró en un globo del tamaño de una pelota de básquet, que flotaba por encima de su mano. El globo ascendió unos cinco metros y quedó suspendido en el aire, sirviendo de iluminación. Por el

lado izquierdo del grupo de agachados pemón estaba un yaguar moteado, y el otro por el lado derecho. Detrás del grupo estaba agazapada la pantera blanca, que ahora se levantó.

El blanco cabello de la niña cambió y se volvió negro. Con una sonrisa tendió sus manos y la piasán la cargó en sus brazos. En contra de lo que ella esperaba, el cuerpo de la niña estaba caliente como si hubiera estado al lado de la hoguera. Le palpó las plantas de los pequeños y delicados pies y no sintió ni un solo rasguño, como si la niña hubiera caminado sin tocar el suelo. La pequeña le preguntó.

—No les van a hacer daño a mis gatitos, ¿verdad que no?

—No, mi niña, aquí nadie les hará ningún daño; no podrían, yo te lo aseguro.

—Blanquito está muy enfadado porque amenazasteis con las armas —dijo la niña.

—Sí, me imagino que sí. Nosotros no estamos en capacidad de hacerles nada. Tú contrólos para que no sean ellos los que nos hagan daño a nosotros.

—¿A ti te gustan mis gatitos?

—Sí, son muy lindos, realmente hermosos. Pero ellos son mucho más que gatitos. Hacía años que ningún yaguar había sido visto por todo esto, y tú nos traes a cuatro tan especiales; con la dicha para mí de poder ver a uno blanco, por primera vez en mi vida. Tú ya estás segura conmigo, hija mía, y mientras estés en nuestra aldea no los necesitarás a ellos para que te cuiden y protejan.

—Mi mami iba a dormir para irse al cielo con las *chirikoton*⁵. Ella me dijo que te viniera a buscar. ¿Tú eres Wiluma?

—Sí, yo soy Wiluma la piasán.

—¿Tú quieres ser mi mamá?

—Yo ya sé que tu mami se dormirá en el postrer sueño, para regresar adonde ella pertenece entre las estrellas. Ella es mi her-

5 Estrellas. Sing: chiriko (pemón)

mana mística y me ha pedido que te cuide. Yo seré ahora tu mamá para cuidarte.

—*Amäy* —dijo la niña dándole un beso.

—Sí, mi niña que todo lo ve, luminosa ánima bendita de la selva y luz del mundo, yo soy ahora tu *amäy*. He estado esperando por ti durante mucho tiempo.

—¿Él está aquí contigo también?

—No, mi nena, *a-tiyimü*⁶ no está aquí. Él todavía no ha llegado, pero vendrá a por ti, tú puedes tenerlo por seguro; él vendrá a buscarte como tu mami te lo dijo. Tú ya estás segura entre nosotros. Ahora puedes decirles a tus gatitos que regresen a sus territorios en la selva, porque mi gente se asusta mucho con ellos. ¿No sientes el miedo que les tienen?

—Sí, todos están muy asustaditos. Yo no quería quedarme aquí sin mis gatitos, pero lo haré por que tú me lo pides, *amäy*. No quiero que nadie esté asustado con ellos. Ya iré a verlos.

La niña le acariciaba el rostro sin dejar de sonreír.

Los cuatro yaguares gruñeron en forma grave y baja, casi ronroneando. Se acercaron y dieron una vuelta alrededor de las dos, olisqueando a Wiluma que sintió los bigotes rozar sus piernas. El jaguar blanco le lamió un pie a la niña. El negro, que estaba detrás de Wiluma, se levantó sobre sus patas traseras y, más alto que ella, le colocó las zarpas sobre los hombros. Cada una era más grande que la cabeza de la mujer, que cerró los ojos y tuvo que hacer de tripas corazón para no moverse, al sentir el aliento de la pantera junto a su cara. El animal quería darle una lengüetada a la niña, que se rio y le tiró de una oreja. El enorme macho le dirigió un suave gruñido y se bajó. Los cuatro felinos se fueron alejando. Unos metros más allá se voltearon, gruñeron otra vez con suavidad y se alejaron como sombras deslizantes. Antes de ser tragados por la noche desaparecieron, se esfumaron en el aire de manera mágica.

6 Tu esposo.

—¿No son lindos y cariñosos mis gatitos?

—Sí, *rumé*⁷, son los más lindos y también los más grandes que yo haya visto nunca. Pero yo te buscaré unos gatitos verdaderos, de los pequeñitos.

—¿Serán muy pequeñitos?

—Sí, para que tú puedas cargarlos en tus brazos y jugar con ellos, ya que te gustan tanto; para que así no extrañes a estos ni los echés de menos.

—¿De verdad que lo harás?

—Sí, yo te lo prometo. Te buscaré dos gatitos: uno negro y otro blanco. ¿Te parece bien?

—Sí, *amäy*; eres linda.

—¡Oh, gracias, mi niña bella! Son tus hermosos y amorosos ojos los que me ven así. Pero *amanón*⁸ eres tú, primoroso y amoroso ser; tú sí que eres *amanón* de verdad, y nunca mejor dicho. ¿Cuál es tu nombre?

—Mi mami me llama hija.

—Pues ahora yo te voy a dar un nombre de los nuestros. ¿Te gustaría?

—Sí.

—*Amanón* es una palabra que ha de haber sido creada pensando en ti. Sí, *Amanón* te quedará muy bien como nombre; me gusta, mi niña bella. ¿Te gusta a ti?

—Sí, *amäy*, es lindo.

—Ven, quiero que conozcas a mi esposo, a mis hijos y a mis hijas. Ellos serán tus hermanos y hermanas mayores. ¿Tienes hambre, *u-rumé*⁹?

—Sí, *amäy*. ¿Tienes lechita?

—Sí, mi niña, la tengo especialmente para ti. También te tengo cachapita de maíz, cazabe, ñame; batata, plátano y miel;

7 Hija. Es la palabra usada por la madre para indicar a su hija o hijo, aunque también puede ser usada por el padre.

8 Joven hermosa.

9 Mi hija o hija mía

muchas frutas y lo que te apetezca. Luego de que comas todo lo que quieras, tú podrás dormir y descansar esta noche en el lindo *kami*¹⁰ de suave algodón que te tengo preparado, porque has de estar muy cansadita. Vienes de muy lejos. No sé cómo pudiste hacerlo.

—Vine dentro de la luz con mis gatitos.

La mujer les dijo con dureza a los hombres:

—Ya os podéis levantar. Escuchadme bien lo que os voy a decir. La luna y la selva nos han entregado sus hermosos espíritus, reunidos en un solo ser de carne y de hueso cuya sangre es sagrada: esta mágica niña de luz que los yaguares nos vinieron a traer. Que no os engañe su pequeño tamaño y débil apariencia de niña, porque es un ser muy poderoso. Así como ella os dejó ciegos con un solo movimiento de su manita, y os quitó y rompió lanzas y flechas, ella podría destruir todo el pueblo en un instante, sin dejar ni una sola casa en pie.

»Esta niña, hija de la diosa blanca, es la luminosa ánima de la selva que ahora, en su forma humana, es mi hija. Ella será el amoroso espíritu protector de nuestro pueblo y todos la llamaréis Amanón, simplemente. Ningún otro nombre sería digno de ella. Esta niña no está destinada a ninguno de vosotros. Escuchadlo muy bien: ella no está destinada a ser mujer de ningún hombre, porque ella ya tiene a *i-tiyimü*¹¹. Él es un ser de luz, tan mágico y poderoso como ella, capaz de crear rayos y destruir montañas. Así que para que os quede bien claro: que ningún hombre la mire como mujer.

»Quien tenga la osadía y el atrevimiento de intentar poseerla o de levantar un dedo contra ella, ¡aunque sea uno solo!, si acaso es capaz de hacerlo y no muere en el intento, que se escape a la ciudad más lejana y jamás regrese a la selva. ¡Oídllo bien! Porque puede tener por seguro que encontrará la muerte entre las fauces de uno de esos cuatro yaguares. Pero por muy lejos

10 Chinchorro.

11 Su esposo.

que él se aleje, adonde quiera que vaya, se las tendrá que ver conmigo y no le gustará nada, porque de mí no podrá escapar y jamás volverá a dormir, hasta que muera enloquecido.

La piasán cruzó entre ellos, que seguían agachados, y se dirigió hacia su churuata. La niña sonrió hacia donde la luna salía, movió una mano en señal de saludo y dijo:

—Adiós, mami, ya llegué con Wiluma y va a ser mi mamá. Ten un lindo sueño entre las estrellitas.

—Eso es, mi niña, despídete de ella y lánzale un besito.

El luminoso globo, que seguía suspendido en el aire, salió hacia el este a fantástica velocidad, dejando tan solo una luminosa línea.



En la ladera de una lejana montaña, a la que denominaban Wö Tüpü, la luna llena iluminaba por detrás a una blanca figura femenina desnuda; la perfección misma hecha mujer. Ella estaba rodeada por los cuatro yaguares y miraba hacia el oeste, por encima de la selva, sobre la que sobresalían algunos tepuyes en la distancia. Sus largos cabellos negros ondeaban por la fresca brisa de la noche.

A un lado se abría la oscura boca de una cueva. Al otro, los rayos selenitas arrancaban destellos de plata en las aguas de una cascada, cuyo sonido lo llenaba todo con un relajante sonido.

La mujer sonreía por lo que sus especiales ojos veían muy lejos. Su hija había llegado bien. El trabajo estaba hecho y ella se sentía satisfecha. Hizo también un saludo con la mano y le lanzó un beso. El globo de luz llegó, se detuvo y ella lo agarró entre las manos; lo abrazó y la luz la rodeó.

—Adiós, hija mía. Te amo y me llevo tu amor conmigo. Ha sido muy hermoso haber sido tu madre otra vez, luminoso ser que llevas en tu corazón todo el amor que puede ser acumulado en el universo. La hora cósmica de que regreses a él se acerca. Pero mientras llega, tú vive y sé muy feliz con tu gemelo, hasta

vuestra unión final. Tú cuídamela mucho, Wiluma. Resguárdala muy bien, porque cuando él la vaya a buscar tienes que entregársela intacta. Tu responsabilidad es muy grande, hermana mía, pero confiamos en ti y la Hermandad y la Orden están vigilantes y te ayudarán.

Los cuatro yaguares rugieron suavemente y se frotaron contra sus piernas. Ella se agachó y acarició a cada uno, que le lamió la cara con cariño.

—Muchas gracias, hermosas criaturas, por toda la compañía que nos habéis hecho, y por todo lo que habéis jugado y entretenido a mi hija. Esta noche la habéis entregado a salvo. Ahora os podéis ir a vuestros territorios, pero aquí seguís teniendo vuestra casa común, porque ella volverá para jugar con vosotros, hasta que traiga a su gemelo. Yo tengo que irme también.

La mujer se sentó en el suelo. Dio una última mirada a su alrededor, revisando con cariño aquel hermoso y apacible lugar en donde había vivido durante cuatro años. Se echó hacia atrás, levantó las manos y las unió a la altura del pecho, tomando una inspiración profunda. Colocó la mano derecha sobre el corazón y la izquierda encima, y cerró los ojos.

La mujer se elevó y quedó flotando sobre el suelo. Un momento después su cuerpo comenzó a brillar envuelto en una luz dorada, que fue incrementando su intensidad. El cuerpo se disgregó finalmente en puntos luminosos que volaron hacia el firmamento, donde desaparecieron. Los yaguares rugieron.



Wiluma entró en su gran choza con la niña en brazos. Al frente de la hoguera había dos hombres de pie con las lanzas en las manos. Detrás de la hoguera se encontraban dos mujeres y varios niños y niñas de diferentes edades. A un lado estaban otros dos hombres, que eran los de más edad. Uno de ellos estaba apoyado en Urami. Él tenía una pierna entablillada hasta la cadera y se apoyaba también en una larga lanza. Wiluma le dijo:

—*Tiyimü*¹², no has debido de levantarte teniendo la pierna fracturada. ¿Y qué haces con esa lanza? En tus condiciones nada podías haber hecho, si hubiera entrado alguno de esos enormes yaguares mágicos. Yo os aseguro que son los más grandes que tú y papá habréis visto jamás. El negro era tan grande como la mayor de las dantas.

—¿Ya se han ido?

—Sí, se marcharon los cuatro; mejor dicho: desaparecieron.

—¿Volvieron a la selva?

—No lo sé, porque desaparecieron en el aire como si hubieran sido de humo.

—¿Alguien resultó herido? —preguntó su padre.

—No. Fuera del gran susto no hay nada que lamentar. Yo estoy segura de que la niña contuvo a los yaguares o nos hubieran atacado. Hubo un momento en que faltó muy poco, cuando uno de los muchachos estuvo a punto de arrojarles una lanza. Algunos no van a dormir hoy. Otros, esta noche se han hecho hombres y tendrán algo que contarles a sus hijos y nietos. Mira, *tiyimü*, qué hija tan preciosa nos han traído esos cuatro espíritus de la selva tan singulares. Mira qué ser tan amoroso.

—De verdad que esta criatura es preciosa. Ven conmigo, desde este momento tú serás mi *yenchi*¹³.

El hombre agarró a la niña, ella le echó los bracitos al cuello y le dijo:

—*Apäy*.

—Tienes el color de la luna en la piel —dijo él—. ¡Oh, qué ojitos claros tan preciosos tienes! Ya los veré mejor en el día, aunque me parece que tienes también a la selva en ellos.

La joven a su lado le dijo:

—*Apäy*, tú no lograrás sostener a la niña en brazos y apoyarte al mismo tiempo. Te puedes caer y dañar más la pierna.

12 Esposo.

13 Palabra usada exclusivamente por el hombre pemón para referirse a su hija.

Anda, dámela y acuéstate de nuevo en tu *kami*, que yo te la paso luego para que la mezas.

Su madre dijo:

—Sí, cárgala tú un poco, Urami, mientras él se acuesta. Yo le prepararé algo de comer a ella, que tiene hambre.

El hombre se dirigió hacia su chinchorro caminando con mucha dificultad. La niña le dijo:

—*Apäy*, tú tienes la pierna muy malita y rota y te duele mucho. ¿Quieres que yo te la cure en un momentico? No te va a doler.



Nueve años más tarde

CAPÍTULO 2

Una viejísima abuela y su nieta

—*U-rume*, en dos semanas cumplirás doce años. Esa es una edad muy importante para ti —dijo Wiluma.

—¿Por qué para mí y no para mi hermana Chirikö Pa'ka también, *amäy*?

—Amanón, porque tú eres muy distinta.

—¿Yo soy distinta porque tengo la piel blanca y los ojos claros?

—No, mi nena. Tú tienes características físicas que te diferencian de las demás mujeres pemón, pero no es por eso por lo que los doce años son muy importantes para ti.

—¿Y por qué es?

—Hija mía, son tan importantes para ti como lo fueron para tu hermana Urami en el momento de su iniciación mística. Solo que para ti lo serán mucho más porque tú tiene enormes dones, que son únicos en el mundo, que se abrirán como se abren los pétalos de una flor en la mañana para recibir al cálido sol. Tú ya has entrado en la pubertad y el proceso comenzó. Los próximos tres años, hasta los quince, serán muy fuertes. Para ti lo serán mucho más que para ninguna otra niña mística, y es mucho lo que tú tienes que recordar y desarrollar otra vez, para despertar toda tu luz.

—¿Me lo enseñarás como me has enseñado todo, para yo llegar a ser una mística piasán como tú y como mi hermana Urami?

—No, Amanón. Tú no serás una piasán.

—¿Por qué no, *amäy*, por qué yo no lo seré?

En la voz de la niña hubo decepción y su semblante se puso triste.

—Porque tú serás más, muchísimo más que eso. Como místicas, Urami y yo no somos más que unos monitos recién nacidos y desvalidos, que precisan del cuidado de su madre: tú eres la madre, *u-rume*, tú eres la Gran Madre de todas las místicas. Lo que a ti hay que enseñarte ahora excede mis capacidades y conocimientos. Hay una persona que está muchísimo más calificada que yo, para enseñarte a comprender todo eso tan hermoso que se despertará en ti, porque es único. Tan solo ella está en capacidad de comprender todo lo que tú vayas recordando y te lo explicará, porque ella conoce muy bien tu pasado, *u-rume*. Ella es alguien que tiene en sí la enorme y muy larga experiencia que dan los siglos y que, además, te ama mucho.

—¿Ella me conoce?

—Sí, te conoce muy bien, aunque no te conoce como eres físicamente ahora, sino como fuiste. Ha llegado el momento en que las dos os encontréis, y de que tú te vayas con ella a otro lugar para continuar con tu maravilloso desarrollo, tanto de mística como de mujer.

—¿Tú no me puedes enseñar a ser mujer?

—Vida mía, claro que yo puedo hacer eso. Es solo que, para tu adecuado desarrollo, ahora necesitarás estar en contacto con otras personas que no son pemón, porque tú eres una niña de dos mundos. Ellas son personas muy especiales, como no hay otras sobre la tierra, que están dotadas de grandes poderes.

—¿Por qué tengo que irme, *amäy*, si aquí soy feliz? ¿Por qué me echas? ¿Tú ya no me quieres contigo? —preguntó la niña con los ojos aguados y la voz rota.

—¡Oh, no, *u-rume*, no pienses eso jamás! —dijo su madre abrazándola y rompiendo en llanto—. ¡Por favor, *u-rume*, no pienses eso! ¿Cómo puedes creer que yo no te quiero aquí, si tú

eres mi alegría, la luz de mis ojos y el bien de nuestro pueblo? Yo no quisiera que nos dejaras nunca. ¿Lo oyes? ¡Nunca!

—Perdóname, amäy, perdóname por hacerte llorar, por favor; yo no quise hacerlo.

—Lo sé, *rume*, yo lo sé. Perdóname tú por no haberme sabido explicar. Yo me arrancarí­a el corazón antes que causarte un dolor. No llores, por favor. Yo jamás quisiera ver en tus hermosos ojos alguna lágrima que no sea de felicidad. No quiero que te marches de mi lado, pero no puedo ser egoísta, porque tu bien está por el medio y es mucho más importante que yo. Lo que ocurre es que tan solo en ese lugar, que es tan especial, tú podrás despertar por completo.

—Yo nunca he estado lejos de ti ni de mis hermanas y hermanos.

—Lo sé, vida mía, yo lo sé; tú no estarás lejos.

—Amäy, me preocupa que si me voy no me vaya a encontrar *u-tiyimü*¹⁴, porque él tiene que venir a buscarme aquí.

—Tú estás un poco confundida, hija.

—¿Por qué?

—Aquí es adonde *a-tiyimü* vendrá a tomarte como su esposa, pero antes os tenéis que encontrar y conocer. Los espíritus que rigen el destino de los hombres han escrito que tú y él os tenéis que encontrar allí, adonde tienes que ir ahora.

—¿Es allí donde nos tenemos que encontrar él y yo primero, antes de casarnos?

—Sí, hija mía. Allí es, precisamente, que os tenéis que conocer físicamente y reencontrar los dos. Esa es la razón por la que, aunque sea un gran sacrificio para mí, dejo que te vayas de mi lado, vida mía. Por eso, porque tú tienes que prepararte como mujer y como mística para encontrarte con tu esposo.

—Gracias, amäy, ahora lo entiendo. Yo sabía que tú nunca me echarías de tu lado —dijo la niña abrazándola.

14 Mi esposo.

—Ella viene para llevarte, tanto para iniciar tu preparación mística como para tu preparación como mujer, a fin de que estés lista para recibir a tu esposo.

—¿Dónde es que queda ese lugar en el que tengo que prepararme? ¿Es muy lejos y yo nunca más te veré a ti ni a mis hermanas y hermanos?

—No, Amanón, no es lejos; es en la Gran Sabana. Queda a unos cuantos días de aquí, al otro lado del Roraima. Nosotras nos seguiremos viendo, tú puedes tenerlo por seguro. Allí no te van a tener prisionera, nadie podría hacerlo. Todos te iremos a ver y tú podrás venir cada vez que lo quieras.

—¿Tú me lo prometes, amäy?

—Por supuesto, *u-rume*, yo te lo prometo. Tú sabes muy bien que puedes vernos con tu hermosa visión mística, y que puedes conversar con Urami y conmigo cada vez que quieras contarnos todas tus cosas. Pero cuando tengas muchas ganas de abrazarnos, tú me llamas y yo iré junto con tus hermanas y hermanos; que todos nosotros estaremos deseosos de abrazarte también.

La angustia desapareció del rostro de la niña, quien sonrió y dijo:

—Si es así iré con gusto, porque yo tengo muchos deseos de encontrar a mi esposo. Ya voy a ser mujer y quiero que me preparen para ser una buena esposa para él.

—*U-rume*, tú serás la mejor esposa del mundo —le dijo su madre.

—¿Tú lo crees?

—Por supuesto. Ella ya viene.

La niña arrugó el ceño, miró hacia un lado y dijo:

—Dos presencias han surgido de improviso muy cerquita de aquí, al borde del poblado. Una es un hombre. Es un guerrero de gran fuerza interior y no representa ningún peligro para nosotros. Su actitud es equilibrada y tranquila. Es uno de los

silenciosos, lo reconozco de otras veces. La otra presencia es una energía muy fuerte como no he sentido otra; una mujer.

—Sí, ella ha llegado.

—Es una energía hermosa, muy hermosa, como la tuya, amäy; mucho más fuerte y antigua.

—Sí. Tan solo hay otra energía de mujer tan fuerte, antigua y hermosa como la de ella.

—Esa energía me está haciendo sentir una gran emoción, amäy, no sé por qué —dijo la niña con la voz rota y haciendo un puchero—. En esta mujer hay mucho amor y una gran ilusión por verme. Ella es una mística como tú y como Urami y tiene un gran poder. Yo siento que la conozco. No recuerdo de dónde, aunque estoy segura de que conozco esa energía tan hermosa que me conmueve.

—Tú has sentido muy bien; me alegro muchísimo. Tu percepción psíquica está maravillosamente afinada; es única en el mundo. Tú eres el ánima blanca, *u-rume*, la más excelsa hija de la selva; su alma y espíritu hechos mujer.

La niña se asomó a la puerta de la churuata. Iba descalza y vestía nada más que un pequeño *manón mosa-ri-ten*¹⁵ de algodón de color verde.



Por el centro del pequeño poblado se acercaban dos personas. Una era muy alta, posiblemente cercana a los dos metros, y por la forma física se trataba de un hombre. Estaba enfundado en un ajustado traje semirrígido, en el que predominaba el color grisáceo bastante oscuro con zonas más claras. No era liso, sino moldeado, compuesto por lo que parecían tiras de cuero alineadas en distintas direcciones, según las zonas. La impresión inicial era la de que se trataba de un cuerpo humano, al que le hubieran quitado la piel y se encontrara expuesto el sistema muscular. Esta situación, por sí misma, a primera vis-

¹⁵ Guayuco de la joven. Guayuco muy pequeño de color rojo que llevan las mujeres pemón, casi en la ingle, cubriéndoles por delante.

ta ya causaba un fuerte impacto y cierto temor. Sobre el lado izquierdo del pecho tenía una pequeña cruz patada, de color negro con un borde rojo.

La cabeza estaba cubierta por completo con un avanzado casco integral, perfectamente moldeado, que resultaba más atemorizante que el resto. Sobre todo porque, en ese momento, la pantalla del visor que cubría su rostro tenía un tinte rojizo. Además de la gran estatura, el hombre era muy fornido, con lo que el traje producía la impresión de que tuviera una fuerza extraordinaria, sobre humana, cosa que sobrecogía el ánimo de cualquiera.

En una mano enguantada, el hombre sujetaba un largo tubo cobrizo de un metro cuarenta de largo y unos cinco centímetros de diámetro. En un extremo, el tubo tenía un gran cristal de cuarzo transparente, de unos veinticinco centímetros de longitud o más, tallado en forma facetada. Del cinturón colgaba un largo cuchillo militar, cuya hoja no tendría menos de treinta centímetros de largo.

La otra persona era una mujer alta, que se veía empequeñecida ante la gran estatura y corpulencia de su acompañante. Ella llevaba un largo y rico vestido que parecía de seda, de un vistoso colorido en el que predominaban el rojo y el oro. Tenía un largo cabello negro, muy denso y lustroso. El rostro, carente de alguna arruga, poseía una belleza y serenidad que atraía y pegaba enseguida. Si calcular la edad de una mujer puede ser una tarea difícil, la de aquella era poco menos que imposible. Si alguna vez hubo una mujer de la que se pudiera decir que era de una edad bastante indefinida, tuvo que ser aquella. Debido a la gran madurez e inteligencia que emanaba de ella, puestos a aventurar una edad podría decirse que quizás estuviera alrededor de los cincuenta y cinco años.

El rostro de la niña se iluminó con una gran sonrisa y gritó:

—¡Es mi abuela! —Echó a correr como un cervatillo gritando—: ¡Abuela! ¡Abuela, has venido!

—¡Al fin te he encontrado! —dijo la mujer dándole un estrecho y largo abrazo—. Tantos cientos de años buscándote, tantísimos, y al fin te encuentro, mi pequeña.

La niña la miró con más detenimiento y le dijo:

—Discúlpame, por favor. Me has resultado muy familiar, aunque no sé por qué te he llamado abuela.

—No importa, princesita mía, tú puedes decírmelo cada vez que quieras, que yo me sentiré muy dichosa si lo haces.

—¿Me dejas llamarte abuela? Siento la necesidad de hacerlo. No sé por qué será.

—Sí, puedes hacerlo, claro que sí. Porque yo soy tu abuela, realmente.

—¿De verdad que lo eres?

—Sí, lo soy. Tú lo has sentido muy bien. Tu corazón no se ha equivocado, aunque todavía no me recuerdes.

—¡Qué lindo, eres mi abuela, qué lindo! ¡Ya tengo otra abuela más!

—A ver, déjame verte bien. ¡Oh, qué preciosa eres, criatura! Y qué alta y desarrollada estás. Qué increíble; todo se repite de nuevo; es como verte entonces. Si yo no supiera que estás por cumplir doce años hubiera jurado que tienes catorce o más. Qué bueno que no tienes perforaciones en las narices, la carita o los labios, con esas horribles varillas clavadas.

—No todas las muchachas las usan. Mi amäy nunca quiso que a mí me las hicieran, porque ella tiene que entregarme intacta a *u-tiyimü*, tal como nací. Yo tampoco quiero hacerle eso a mi cuerpo. Estoy segura de que cuando él llegue a buscarme no le gustaría verme con perforaciones.

—Probablemente no, tienes mucha razón en ese sentir.

—Algunas muchachas me dicen que sin adornos no le gustaré a los hombres, pero yo no quiero gustarle a los hombres, tan solo a *u-tiyimü*.

—Y él te preferirá más de esta manera.

—¿Tú lo crees, abuela?

—Claro que sí; yo te lo aseguro. Esos dibujos con onoto alrededor de la frente y la carita te quedan muy lindos.

—Me los hacen mis hermanas. ¿Te gustan?

—Sí. Parecen hechos con aleña. Esas peonías que usas en el collar y en el tocado de cabeza son muy bonitas.

—Mis hermanas no usan tocados, a mí me gusta llevar algo sobre la frente.

—Lo sé, mi niña, yo lo sé; ese es un impulso muy fuerte que tú tienes. Te quedan muy bien. Ya que no pueden ser blanco y negro son rojo y negro, que es lo que ahora os corresponde; es también una hermosa dualidad entrelazada.

—¡Abuela, tú también tienes los ojos verdes! Yo nunca había visto a nadie con otros como los míos.

—Sí, los míos también son verdes porque soy tu abuela.

—Sí, sí, tienes que serlo.

—Aunque en intensidad mis ojos no se igualan a los tuyos. En el mundo solo hay otro par de ojos que se te parecen.

—¿Tú conoces a alguien que tiene un color de ojos como el mío?

—Sí, lo conozco. Es un joven que tiene tu misma edad y está lejos, extremadamente lejos de aquí.

—¡Ya va! Ahora me cuentas más sobre él y sobre ti, abuela, que estoy muy interesada. Voy corriendo a buscar a mis hermanos que están en el río. Quiero que te conozcan. Ya vengo. ¡No te vayas!



La niña se alejó corriendo tan rápido que un cervatillo no la hubiera alcanzado. La piasán dijo a la recién llegada:

—Por este apartado lugar, tan lejos de lo que algunos llaman civilización, viene muy poca gente, toda de mi raza. Nosotros procuramos mantenernos alejados, no obstante, tu visita es única y muy deseada por mí.

—Muchas gracias, Wiluma.

—Tu bendecido nombre trasciende las centurias, y está muy vivo en la memoria de nuestra hermandad por partida cuádruple: por haber sido madre de un espíritu engendrador, como princesa nuestra que fuiste, como madre de nuestra actual princesa y como abuela de nuestra pasada reina, la más grande entre las mujeres. Es para mí un gran honor verte en persona. Bienvenida seas a mi humilde pueblo, María Clara *Astipalia*, hermana mía ¿O tú prefieres que te llame por el primer nombre? como nuestra hermandad te dice.

—Así está bien. No conviene que la niña lo escuche. Ella deberá recordarlo por sí misma; es parte de su proceso.

—Eso me figuré. Por favor, acepta mi hospitalidad.

—Wiluma de la Casa Mística Chaimari, muchas gracias por tu hospitalidad; la acepto con gusto.

Varios hombres tenían una actitud entre curiosa y bastante recelosa. La piasán les dijo:

—Todo está bien, no hay nada por lo que alarmarse. Esta mujer es conocida mía.

—¿Cómo llegó aquí si nadie la vio? —preguntó uno.

—Ella es la más poderosa entre todas las piasán. Es la abuela de Amanón y puede aparecer y desaparecer como los espíritus. El guerrero la acompaña y protege.

Sin perder de vista a todos, el hombre que servía de guardaespaldas a María Clara se colocó junto a la pared de bahareque de una churuata, a fin de seguir evitando la curiosidad de la gente. Al momento, el color gris que el traje tenía cambió como si fuera la piel de un camaleón, incluido el casco. Adoptaron el mismo color y textura de la pared junto a la que él estaba. Quedó mimetizado por completo, poco menos que invisible. Wiluma le dijo a María Clara:

—Tu acompañante despierta gran curiosidad y mucha inquietud temerosa entre mi gente. Es muy raro poder ver a un

guerrero fantasma, cuya existencia ya es dudosa para la mayoría; producto de la fantasía y de las muchas historias de la selva. Pero lo raro se fue volviendo habitual por aquí desde el momento en que Amanón llegó. Algunos de esos poderosos guerreros, capaces de arrojar flechas de luz, han sido vistos, aunque en muy contadas ocasiones y por pura casualidad. Yo misma los he sentido observando, por lo que he supuesto que el interés de ellos ha sido Amanón.

—Así es, ellos han estado observando y tú estás en lo cierto, en cuanto a tus suposiciones —dijo María Clara—. Desde la misma llegada de la niña aquí, hace ya nueve años, su bienestar y desarrollo han sido algo muy importante que ha contado con el mayor interés, tanto por parte de mi orden como por el de nuestra Hermandad.

—Sí, yo sé bien que ella se encuentra bajo la protección de nuestra Hermandad y tu orden religiosa.

—Yo estoy muy complacida por tu excelente trabajo, y por el enorme celo que has puesto en el cuidado y la enseñanza de mi nieta. Wiluma, te lo digo con todo mi agradecimiento.

—Muchas gracias por tus palabras.

—Ella no ha podido estar en mejores manos; su dicha y felicidad lo dicen muy claramente, y tú me la estás entregando intacta y con un desarrollo muy armonioso.

—María Clara, que me digas eso, precisamente tú que eres quien ha debido de tenerla a tu lado, resulta muy grato y satisfactorio para mí. Yo esperaba la oportunidad para darte las gracias por todo lo demás que tú nos has dado.

—Poco cosa ha sido, en retribución por tus desvelos.

—Yo no lo veo de esa manera. A pesar de que mi pueblo se mantiene apartado para que nuestra cultura se contamine lo menos posible, nosotros no desdeñamos las bondades de los conocimientos y los adelantos del criollo, hasta donde los consideramos adecuados y convenientes. En muchos pueblos,

nuestros niños van a la escuela y aprenden el idioma español y el brasileño. Aquí no hubieran podido, por lo alejados que estamos de cualquier pueblo grande con escuela. Tu congregación nos fue enviando maestras y maestros, cosa que nosotros agradecemos muchísimo. Sobre todo porque no habéis intentado cambiarnos en nada ni influir en nosotros. No sois como los evangelizadores que quieren cambiar nuestras ideas. Ese ha sido un gesto vuestro muy apreciado por mi gente.

—Lo sabemos, Wiluma.

—Gracias a eso, nuestros niños han recibido aquí toda la educación que recibirían en cualquier ciudad, aunque quizás no con la misma profundidad, en algunos aspectos. Ha sido un programa educativo a la medida, adaptado a nuestras necesidades y poniendo énfasis en nuestras costumbres, tradiciones y cultura.

—Wiluma *Chaimari*, ya que nosotros necesitábamos instruir a Amanón, lo menos que podíamos hacer, como una pequeña retribución por el cuidado que tú y tu gente le estabais dando, era proporcionar estudios a vuestros niños y a los adultos que los quisieran.

—Para un ser tan excepcional como ella, de tu Orden Hospitalaria enviaron a una maestra bastante especial, sobre todo para ser una monja.

María Clara sonrió y le preguntó:

—¿Lo dices porque ella se quitó los hábitos y se vistió como una de vosotras?

—Principalmente por eso. De los maestros que vinieron primero no me pareció raro que se pusieran guayuco, pero yo jamás hubiera pensado que una monja se atreviera a eso, mucho menos con tal naturalidad y desenfado. Con decirte que tuvo unas cuantas proposiciones de matrimonio, durante los dos años que permaneció con nosotros.

María Clara se rio y dijo:

—Me lo imagino. Nosotros no quisimos que se viera aquí presencia de nadie que no pareciera pemón.

—Sí, ella nos lo dijo. Fuera del tubo de cobre con el cuarzo, que siempre llevaba y le servía para señalar, ella estaba muy al tanto de nuestras costumbres y en nada se diferenció de nosotras, en cuanto a su apariencia y modo de comportarse. Esa mujer tenía enormes conocimientos, una gran paciencia y mucha habilidad para transmitir y enseñar. Durante la mañana, ella les daba clases a todos los niños por igual, en la tarde se dedicaba a Amanón con total exclusividad, a fin de complementar sus estudios normales. La pobre niña se hubiera aburrido mortalmente, si hubiera tenido que seguir el lento ritmo de los otros.

—Sí, fue necesario, ya que Amanón es una niña muy lista.

—Eres muy comedida en tus palabras, María Clara. De cualquier otra niña se hubiera dicho que es superdotada con creces. Ella no tiene más que ver, escuchar o leer algo y ya no lo olvidará; además de que comprende el uso y funcionamiento de las cosas por pura intuición. Para mí ha sido un gran privilegio servir a la Señora y prepararla para la siguiente etapa, y un placer único haberla tenido por hija durante estos hermosos años. La gemela es el ser más amoroso, bondadoso y maravilloso que puebla este mundo. ¡Sus dones son inmensos, María Clara! Qué difícil resultó lograr que se controlara, con lo adorablemente impetuosa que es. Menos mal que es una niña muy obediente. Yo supongo que en dones tan solo la iguala su gemelo.

—Estás muy acertada. Así es; los dos son iguales.

—¿Y cuándo vendrá nuestra princesa? Tengo muchos deseos de conocerla en persona, si se me permite.

—La conocerás. Mi hija sigue en España. Precisamente está cuidando al gemelo. Ella vendrá en cosa de un par de años porque es la encargada de traerlo. Además, tiene que devolver su título de princesa a quien le corresponde. Ya faltan pocos años para que el durmiente y la guardiana se encuentren.

—De manera que será nada menos que aquí. Habrá de ser un momento sumamente emocionante, que yo esperaré con ansias.

—Lo será, Wiluma *Chaimari*, aunque más lo será cuando los dos despierten por completo.

—Yo espero vivir para poder verlo. ¿Te irás hoy mismo?

—No. Me quedaré durante tres días, para que Amanón tenga tiempo de hacerse a la idea de que se va. No hay por qué hacerlo tan drástico para ella.

—Me parece magnífico. ¿No traes otra ropa? Esa no es la más adecuada para estar aquí durante tres días. Yo podría dejarte un *wayiku* —dijo Wiluma sonriendo.

—Ahora me la enviarán. Aunque no creas que yo tendría inconveniente alguno en ponerme un guayuco —dijo María Clara.

—Yo estoy segura de que no.

—Ya hace muchísimos siglos que he superado todas esas vergüenzas con que mi hermana y yo fuimos criadas. Estos días me vendrán muy bien, porque me parece que tú y yo tenemos mucho de qué hablar.

—Sí, tengo que ponerte al corriente sobre bastantes cosas. ¿El guerrero se quedará también?

—No será necesario. Su presencia sería muy perturbadora para tu gente. Él se irá ahora.



Amanón regresó apresurada, acompañada por tres mujeres y dos muchachos.

—Abuela, ella es mi hermana mayor Urami, que tiene veintiocho años. Ella es Dariku, que tiene catorce, y esta es Chirikö Pa'ka que tiene unos meses más que yo.

—¿Eres tú la menor?

—Yo soy la menor de las hembras. Él es mi hermano Roriwa Törön, que tiene nueve años y es el menor de todos. Él es mi hermano Wadaura, que tiene dieciséis.

—Urami *Chaimari*, ¿todavía no has tenido una hija? —le preguntó María Clara.

—Todavía no. Tengo cuatro varones.

—Hermana, tu próximo hijo será una hembra —le dijo Amanón.

—¿Qué dices, Amanón? ¿Estás segura?

La pregunta de la mujer estaba cargada de una emocionada expectación.

—Sí, lo acabo de ver.

—¡Gracias, Amanón! ¡Muchas gracias a ti y tus visiones! Me estás dando una noticia inmensa que me llena de gran felicidad. Ya estaba bastante preocupada.

—Será el último hijo que tendrás.

—¡No importa, no importa! Yo no deseo ya ningún otro, tan solo a esa niña. ¡Ardo en deseos de tener a mi niña mística! Llevo años esperándola.

—Es una gran noticia para mí también —dijo Wiluma—. Yo estaba temiendo que se rompiera la cadena mística de nuestra descendencia.

—Amäy, Amanón nos ha dicho que se va a marchar, que esta señora la viene a buscar para llevársela lejos —dijo Dariku.

—Sí, hija, Amanón se irá al Kukenán-tepuy, por ahora.

—¿Por qué?

—Porque tan solo allí es que, María Clara y su gente, le podrán dar el entrenamiento que Amanón requiere en su desarrollo.

—¿Ella es otra maestra para Amanón?

—Ella es su abuela y será también su maestra.

Con aire de extrañeza, Wadaura le preguntó a su madre:

—¿Esta señora vino sola desde el Matawi-tüpü y el Roraima?

—Vino acompañada por él.

El joven miró hacia la pared que su madre le señalara y no vio nada.

—¿Por quién?

El hombre junto a la churuata desactivó su camuflaje y el traje se volvió visible y quedó de color gris.

—¡Un *guerrero fantasma*! —gritó Wadaura.

Retrocedió asustado, al igual que su hermano menor y sus hermanas. Él se puso delante de ellos en actitud protectora.

—No tengáis miedo, que él no nos va a hacer nada; yo lo conozco —dijo Amanón.

—Tranquilízate hijo —le dijo Wiluma.

—¿Quién es esta señora para que esté protegida por un silencioso e invisible guerrero fantasma? —preguntó él.

—Ella es una mística de mi hermandad —dijo su madre.

—¿Ella es piasán como tú y como Urami? —le preguntó Roriwa Törön.

—Sí, una muy grande: la más poderosa de todas.

—¿Y de verdad que ella es la abuela de Amanón? —preguntó Wadaura.

—Sí.

El joven regresó su atención a María Clara y le dijo:

—Yo no sé cómo se las ha arreglado usted, que no tiene ni una mancha ni un desgarrón en la ropa. Pero de la forma como está vestida no podrá caminar bien por la sabana, no digamos ya por la selva, para salir de aquí.

—Es una observación muy acertada, *choco*¹⁶. Para ese viaje de vuelta con Amanón yo me vestiré de manera más apropiada. En este momento me interesaba llegar vestida de esta forma, y ha sido muy acertada porque logré mi propósito.

—Ese vestido me recuerda algo —dijo Amanón—. Fue lo que me hizo llamarte abuela. Es como si ya te hubiera visto con él en otras oportunidades. Espero recordarlo. Abuela, yo sé que tú podrías irte del mismo modo en que has llegado, como lo hacía mi mami. ¿Por qué querrías navegar en curiara por ríos

16 Joven, no adulto (de menor edad que el que habla); también significa verde, no maduro.

y atravesar selvas, durante varios días, hasta el Kukenán-tepuy conmigo?

—Querida Amanón, porque quiero estar a tu lado y compartir contigo un poco de este verde mundo tuyo. Yo estoy muy segura de que nadie sabe más de selvas y de sabanas que tú, y me lo podrás ir enseñando en el camino.

—Tienes razón, María Clara —dijo Wiluma—. Ni los hombres más ancianos tienen ya nada que enseñarle a Amanón, sino mucho que aprender, porque ella es el ánima blanca de la selva y la lleva en los ojos.

—Yo quiero recuperar algo de todos estos años perdidos sin ti, Amanón. Las dos podremos conversar mucho durante estos días que nos ocupe el viaje.

—Ten cuidado con lo que pides, María Clara —le dijo la sonriente Wiluma—. Cuando Amanón, Dariku y Chirikö Pa'ka se juntan se forma la propia periquera. Yo no sé cuál de las tres habla más, aunque Amanón se basta y sobra sola.

—Lo sé, Wiluma. Yo ansío cada una de sus palabras, su risa y alegría que hacen rejuvenecer. Así podremos conocernos mejor las dos. ¿No te parece, Amanón?

—Yo ya te conozco y no logro recordar de dónde. Quizás haya sido de algún sueñito o visión. ¿Por qué amäy te llama María Clara? Ese no es tu nombre.

—¿Y cuál es mi nombre?

—No puedo recordarlo. Yo sé que te conozco mucho y que te llamaba de otra manera. Espero llegar a recordarlo al estar las dos juntas.

—Yo también espero que tú lo recuerdes, amada nieta; eso espero, porque ese día me harás doblemente dichosa.

—Abuela, ¿me has venido a buscar porque él está allí? Yo no logro sentirlo. Ya voy a cumplir doce años, me convertiré en mujer y todavía no lo encuentro.

—No, él no está allí, no ha llegado todavía.

—¿Por quién preguntas tú, Amanón? ¿Quién es él? ¿Acaso es *a-tiyimü*? —preguntó Darïku.

—Sí, *u-tiyimü*.

—Amanón, yo nunca te he podido entender en eso. Desde que eras una niñita no has hecho sino preguntar por *a-tiyimü*. Yo nunca había conocido a ninguna mujer con tantas ganas de un esposo. Pero resulta que tú no miras para los hombres, como posibles esposos, ni aceptas nada de ninguno. Hasta ahora no has hecho sino soñar con ese hombre que está nada más que en tu mente.

—¡Él no está en mi mente nada más! ¡Él existe y es como yo! ¡Él es mi gemelo! ¿Verdad que sí, abuela, verdad que sí?

En la pregunta de la niña había una enorme necesidad de confirmación y María Clara le dijo:

—Sí, él existe y es tu gemelo.

—¿Ves, Darïku, ves que sí existe?

—¿De verdad que él existe, señora? ¿No es una fantasía de Amanón?

—No, no es una fantasía: su esposo existe, tiene su misma edad y es muy real.

—¿Tú sabes dónde está él, abuela? ¿De verdad que lo sabes?

Los verdes ojos de intenso color esmeralda de la niña brillaban de pura ilusión.

—Sí, lo sé.

—Es que yo no logro sentirlo.

—No lo logras porque él está lejos, muy lejos, fuera del alcance actual de tu percepción.

—¿Me dirás dónde está para yo ir a buscarlo? ¿Me lo dirás, abuela?

—Él está en Europa.

—¡Oh, eso es muy lejos! Hay que atravesar el gran Océano Atlántico en barco o viajar en avión.

—No será necesario que vayas porque él vendrá a ti.

—¿Tú lo conoces, abuela, lo has visto?

—Sí, lo conozco muy bien. Te lo hemos estado cuidando mucho.

—¿De verdad?

—Sí, para que ninguna otra mujer lo desee ni te lo mire, porque él es tuyo nada más.

—Te lo agradezco muchísimo, abuela. ¿Es bello?

—Tiene unos ojos como los tuyos y es guapísimo.

—¡Eso! ¿Ves que sí, hermana? Yo te decía que es muy guapo. ¡Él es el hombre más bello del mundo! ¡Y es para mí, porque yo soy de él!

—No sé. Tendré que verlo por mí misma, para convencerme de que alguien así sea real —dijo Daríku.

—¿Os iréis hoy mismo? —preguntó Urami.

—María Clara se quedará con nosotros durante unos tres días —dijo su madre.

—Amäy, ¿cuando Amanón se vaya podemos acompañarla un poco? —preguntó Wadaura.

—Eso dependerá de María Clara.

—Allí estamos preparando una fiesta de cumpleaños para Amanón —dijo ella.

—¿Una fiesta para mí?

—Sí, con piñata y todo.

—¡Ay, qué lindo! —dijo la niña aplaudiendo—. Yo nunca he tenido una fiesta de cumpleaños ni piñatas. Aquí no las hacemos.

—Pues también te tenemos unas cuantas sorpresas.

—¡Qué bien, qué bien! Me encantan las sorpresas. ¡Ay, qué emoción!

Unas cuantas mariposas llegaron de alguna parte y revolotearon alrededor de Amanón. Su hermana Chirikö Pa'ka dijo:

—Sí, ya está emocionada. Un poco más y brillará.

María Clara dijo:

—Wiluma, para este cumpleaños, que marca una edad de tanta trascendencia para Amanón, a mí me gustaría que tú y todos tus hijos, más todos los de tu pueblo que quieran ir, pudierais estar presentes.

—¡Sí, sí! Sería muy lindo que estuviera toda mi familia y mis amigos —dijo Amanón entusiasmada.

Wiluma dijo:

—Pues está dicho. Mis otros tres hijos varones están casados y viven a unos pocos días de aquí. Los avisaremos. Para nosotros será todo un placer acompañaros.



Fin de los capítulos de vista previa.

